

Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.
Madrid y provincias, 46 rs. id.
Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

¡Abur!

Decid, forastericos de mi alma, *¿vos abís divertido?* Bien lo habeis podido hacer, porque á fé que las diversiones no han escaseado en este bendito pueblo. Por todas partes bulla y jaleo; por todos lados jarana y animacion. Aquí un chico con tres dedos de hombre y uno de mujer, os brinda á que veais por unas pocas *cuadernas* su *fenomenalidad*. Allá un leon, terrible como todos los leones, os dice con un rugido—«pasen ustedes adelante»—y un andaluz os cuenta cómo fué cogido en las orillas del Misisipi. Mas lejos se os enseña una leona marina que dice—«mamá»—y otras frioleras por el estilo. En otro punto podeis ver el mundo y otras ciudades mas, por un agujero del tamaño de un real de plata. Las fuentes echan agua por vosotros; los coros de la *Traviatta* se divierten por vosotros; los teatros se multiplican por vosotros; por vosotros cantan los sacristanes en el Pilar, y por vosotros se lidian treinta y dos toros y medio. ¿Quereis mas, forastericos? Id con Dios á vuestro lugar, y contad este invierno todo lo que habeis visto, añadiendo de vuestra cosecha lo que mejor os pareciere. Contad que visteis á Napoleon primero, de cera, con una *canoá*... que hasta allí. Contad que oisteis mas organillos y trompetas que hay en todas las iglesias y cuarteles de España. Pero no conteis *aquello* del ciudadano aquel de la plaza de los Toros.

Ni lo de los melones que arrojasteis al redondel cuando aquel torico...

Ni de la tolerancia de los agentes de seguridad pública...

Ni los *rempujones* que nos habeis dado por calles y paseos.

Eso... calladlo, que á todos nos conviene.

Bien lo habeis hecho, *foranos*, muy bien; y si no fuera porque estábamos deseando ver la ciudad tranquila como antes, nos alegraríamos de veros siempre aquí.

Porque nos hace gracia
veros muy cogiditos de la mano,
allá por Santa Engracia
formando un bello cuadro *sobrehumano*:
dando á diestro y siniestro un *empenton*
á cuantos encontrais por el Salon.

Id con Dios, los de Caspe y de Lumpiaque,
los de Bujaraloz y Fuendetodos;
los que vinisteis á lucir un fraque,
dando muestras de finos,
probándonos á todos
que teniais modales superfinos.

Volved cuando querais: y si algún dia
nos volvemos á ver *Duende* y *foranos*,
juro por san Martin, con alegría
daros cordial un apretón de manos.
Y puesto que sois gente que lo entiende,
ya entenderéis lo que desea *El Duende*.

Hay en esta ciudad una casita
tan cuca, tan bonita,
que, de fijo, al mirarla hais de alegraros:
en ella quieren daros
una bella receta,
con tal de que aflojeis una peseta.

Es un papel, que no es papel mojado:
antes bien os promete divertiros:
un ser á la cabeza está pintado,

que promete serviros.
Cubierta lleva el quisque la cabeza,
y con sin par franqueza
fuma sin aprension; pues no os ofende.
Este individuo se apellida *El Duende*.

Llevallo al pueblo, si os agrada el mozo,
Que en este invierno cuando esteis cansados,
su lectura ha de daros alborozo,
haciéndoos olvidar pena y cuidados.
La suscripcion, *foranos*, tendreis lista.
Hemos dicho; salud, y hasta la vista.

El hombre propone y Dios dispone.

Don Robustiano Patacones es un Creso montañés, con mas pesos que pesa y, pasa su humanidad de ocho arrobas. Tiene don Robustiano una mujer tea mas que un coco y una hija de diez ocho abriles, fresca como una rosa y bella como un ángel. Don Robustiano quiere, como es natural y justo, á su cara mitad; ésta ama entrañablemente á su hija quien adora á un mocito bien plantado, cursante de leyes, propietario en otro pueblo de la montaña contiguo al de Patacones.

Con motivo de la festividad de nuestra Escelsa Patrona, determinó éste venir á Zaragoza en compañía de las señoras y, echando una cana al aire, pasar aquí unos días y gastar unos cuantos tocayos de su apellido. Que la madre se alegró mucho, y la niña muchísimo, no lo dudarán nuestros lectores. La primera es, aunque entrada en años, amante del jolgorio; y la segunda venia á reunirse á Jacinto, un futuro Ciceron, quien se despidió de ella para venir al curso, jurándola un eterno amor á vueltas de lagrimones como membrillos.

Llegó el día 10 del presente mes; engancharon dos poderosas mulas á un coche de seis asientos, montado sobre sopandas y que viene sirviendo desde el tiempo en que se casaron los respetables abuelos de Patacones: cargóse la zaga y las arquillas del interior con mayúsculos baules, repletos de vestidos, mantillas y demás galas mujeriles, víveres para el camino etc.: púsose camisa limpia y la ropa de los días festivos Franchó, el criado de confianza; y alegres como dulzainas, saboreando de antemano las diversiones de la ciudad, proyectando compras y prometéndose dichas fiestas, emprendió la familia Patacones la caminata hácia la renovada Cesar-augusta.

Llegaron con felicidad: y claro es que unos señores tan ricos, no queriendo molestar á ninguno de sus relacionados, en qué otra parte podian hospedarse mejor que en una de las fondas? Dirigiéronse á la de *El Universo*; pero *El Universo* estaba de bote en bote; no habia en ella ni un camaranchon disponible. Encaminóse Franchó con su coche y sus amos dentro á la fonda de *Europa*: *Europa* estaba

repleta de europeos llegados antes que Patacones y, mal ó bien, posesionados de todo el local. Arreó Franchó y llegaron á la puerta de *Las Cuatro naciones*. Pero si *Europa* estaba ocupada, si lo estaba *El Universo* ¿habian de no estarlo *Cuatro naciones*?

¡Terrible apuro! Don Robustiano y sus señoras se hallaban dentro del vehículo, en medio de la calle sin saber adonde dirigir sus pasos. Ofreciéronles una buena casa de huéspedes y ¿qué habian de hacer? aceptáronla. La patrona, viuda, segun decia, de un intendente, les recibió con amabilidad, asegurándoles que su casa era el Paraíso terrenal: y tenia razon; no faltaba en él ni la serpiente, que era la viudita. Entraron en el Paraíso, que era una sala baja, húmeda, sucia y destartalada; los muebles estaban en armonía con la sala. Por el momento se les sirvieron tres jicaras de rejalgarr, al que la patrona llamaba descaradamente *chocolate*; y despues de quitarse el polvo y acicalarse, la familia Patacones se lanzó á la calle.

Largo, interminable sería este verídico artículo si hubiéramos de seguir á nuestros personajes por las calles, plazas, paseos y demás puntos de la S. H. ciudad: diremos, nobstante, con toda la posible concision, cuáles fueron sus diversiones.

En los teatros no hallaron otras localidades que de Paraíso: estaba de Dios que habian de ser la segunda edicion de nuestros primeros padres: y la familia de Patacones no habia nacido para alternar con ciertas gentes, aunque fuese en tan alto puesto. Renunció pues á la diversion del teatro.

Para la plaza de toros alcanzaron asientos numerados de delantera de grada. Pero los toros no les gustaron, y además salieron pisoteados por los espectadores que, pasando por encima de sus espaldas, les ensuciaron y magullaron á su sabor, haciéndoles maldecir de nuestra plaza de toros y de sus privilegiados y nada baratos asientos.

En el templo del Pilar, adonde fueron á visitar á nuestra Excelsa Patrona, robaron á Patacones cuanto llevaba en su repleto porta-monedas; rompieron el vestido á la señora de Patacones, y vió la niña, con profundo dolor, al bello Jacinto acompañando á una elegante pollita, cuyas miradas fijas en el jóven estudiante parecian decirle—«¿Cuánto te amo!» Calculen ustedes cual se quedaría la moderna Dido al ver la falsedad de su inconstante Eneas.

Quisieron ver nuestros forasteros la procesion y pensaron en ir á ocupar uno de los balcones de don Leon Agreste, antiguo amigo de don Robustiano; pero tropezaron con la dificultad de que dicho señor habia cerrado su casa y, huyendo de fiestas y de huéspedes, habia ido á pasar una semana á Barcelona. La familia montañesa determinó ver la procesion en la calle y fué en la de San Gil. Los pisotones, codazos, y atropellos que sufrieron calcúlelos el discreto lector. Las señoras, medio desnudas, despeinadas y sudando á mares obligaron á don Robustiano á volver á su Paraíso, donde cambiaron de traje, dejando tambien de

ver la procesion. Salieron de nuevo, quisieron refrescar, entretanto llegaba la hora del rosario; entraron en uno, dos, tres y mas cafés; estaban llenos y no tuvieron mas remedio que entrar en una horchateria, donde despues de aguardar hora y media les sirvieron agua de almidon con azúcar terciado. Salieron al Coso á ver el rosario; un pollo insolente de los muchos que, para gloria de la década presente y esperanza de las futuras, pululan en nuestra sociedad, estuvo tan grosero con la pobre niña, que Patacones tuvo que enarbolar el baston, concluyendo, para la familia, el rosario como aquel famoso de la Aurora.

Colocáronse en la plaza de la Constitucion para ver los fuegos; y despues de esperar en pié el tiempo que mis lectores saben, al mirar don Robustiano uno de los voladores, cayóle en la cara la varilla y el cohete apagado y le puso la nariz como una berengena.

La niña y los papás dan un alcance al voluble estudiante en la feria, y este se llamó andana, concluyendo por decir

«Si te he visto no me acuerdo.»

Hartos de divertirse, resuelven volver á sus patrios lares, de donde en mal hora salieron; piden la cuenta, y la viuda del intendente les exige á razon de 100 reales vellon diarios por persona, en pago de haberles dado tres potros por camas, una indecente habitacion y una bazofia por comida y cena.

En resúmen; don Robustiano sale de Zaragoza robado, molido, apaleado; su señora idem, idem y sin haber participado de las fiestas, y la niña triste, llorosa, desengañada y repitiendo la magnífica quintilla del malogrado Espronceda.

«Hojas del árbol caidas,
juguete del viento son.
Las ilusiones perdidas,
ay, son hojas desprendidas
del árbol del corazon.»

Por el camino preguntaba Franchó á sus amos:

—Y qué tal ¿se han divertido ustedes?

La niña suspiraba: la madre decia laconicamente sí.
Y Patacones añadía—«mucho, muchísimo!

Lo de siempre.

Y lo que nadie quiere entender.

—Hablad mal del prógimo, zurradle, que esto me hace reir; pero no me toqueis á mí, yo soy impecable.

Esta es la pícara condicion humana: justicia y no por mi casa.

—Zurrad á la autoridad local, que no tiene fuerza moral; que no sabe hacerse respetar; vereis como me río.

—Corriente; zurraremos sin compasion: diremos que los municipales no cumplen con su obligacion... Pero en parte ¿por qué no cumplen? Por que tú, amantísimo vecino, cuando ves á un municipal, que reprende á un individuo porque falta, eres el primero en dar la razon al que no la tiene.

—Diré á usted...

—No admito interrupciones. Porque cuando tú no cumples con lo que está mandado y te se exige media peseta de multa, ó sean DIEZ Y SIETE cuartos, pones el grito en el cielo, atropellas al agente de la autoridad y buscas recomendaciones para que te eximan del pago de tan exorbitante y ruinosa cantidad, y testigos falsos para que dejen sin pan al que cumplió con su obligacion ó le endilguen una reprimenda.

—Diré á usted, sí, diré á usted...

—No admito excusas: es la verdad cuanto digo. ¿Y sabes qué sucede con el municipal aquel que recibió la filípica por causa tuya? Que cuando vé que alguno infringe los bandos, lo primero que se pregunta es: «¿Este señor tendrá fuero? ¿Si será hijo del cuñado del primo de una hermana que conoció á uno que habia comido con el Preste Juan de las Indias?» Y de ahí el que los municipales sean miopes y.... y lo entienden.

Justicia y no por mi casa.

Para que se pueda mandar es necesario que se sepa obedecer.

—Hablemos de otra cosa.

—Corriente.

—Dejemos en paz á la autoridad: toquemos otro registro. ¿Por qué no zurra usted á don Fulano de Tal? ¡Cuidado si tiene vicios!

—Muy bien pensado, amigo; y de paso pondré de relieve los defectos de usted y así formarán ustedes una linda pareja; un *vis á vis*.

—¿Y con qué derecho? Como se atreve....

—Con el mismo que usted tiene para pedirme que ofenda á un individuo á quien nadie tiene derecho á faltar.

—Dejemos esto.

—Como usted guste.

—¿Por qué no zurra usted á los actores, en vez de tratarlos con tanta consideracion? ¿Sabe usted lo que dicen por ahí? Que pastelean ustedes.

—Eso lo mas que probará es que usted y los que tal dicen son unos estúpidos. Dispénsame usted esta frase.

—Dispensada.

—Para la mayoría del público todos los actores son malos, y siempre echan de menos á los que criticaban el año anterior. Para los actores el público es intolerante y poco entendido; era mejor el otro, el otro público de la otra poblacion. Pero entienda usted, en honor de la verdad, que son muy pocos los que llevan el amor propio hasta ese extremo.

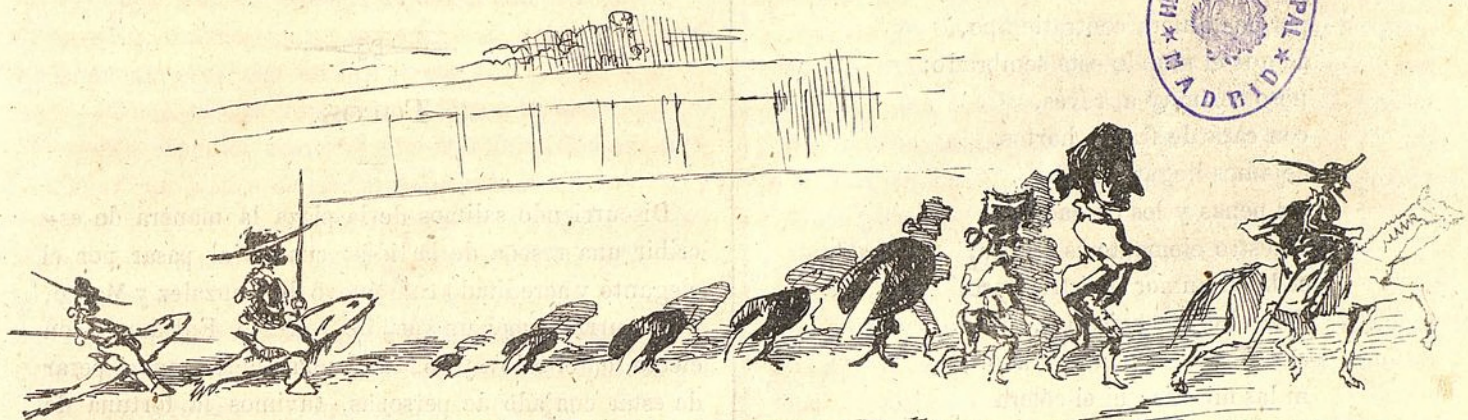
—Entonces zurre usted...

—A nadie, que me voy haciendo pesado é indigesto. Concluyo recordando aquello de *justicia y no por mi casa*: y para que vea usted que comprendo el adagio, le autorizo á decir que este artículo es pésimo y que merezco azotes por haberlo escrito, y.... tendrá usted razon.

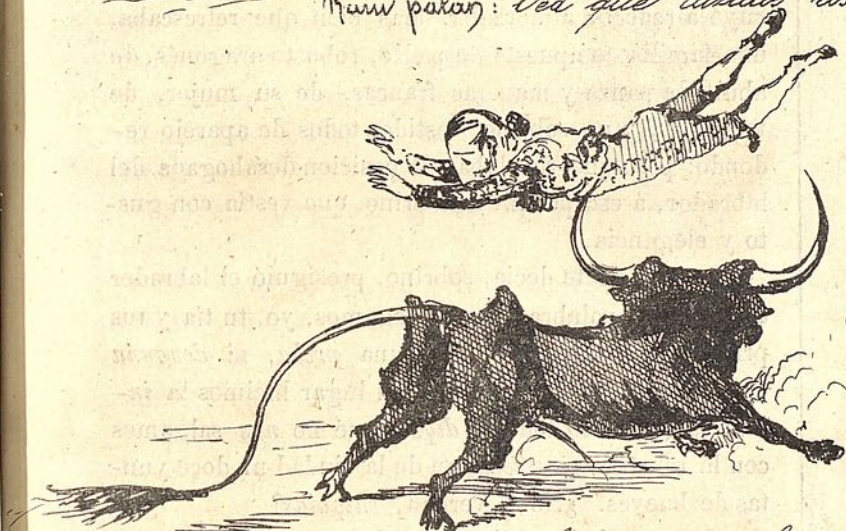


Se van, se van...
El año próximo volverán.

TOROS.



¡Buen paseo! Ved que lucidos los diestros van!



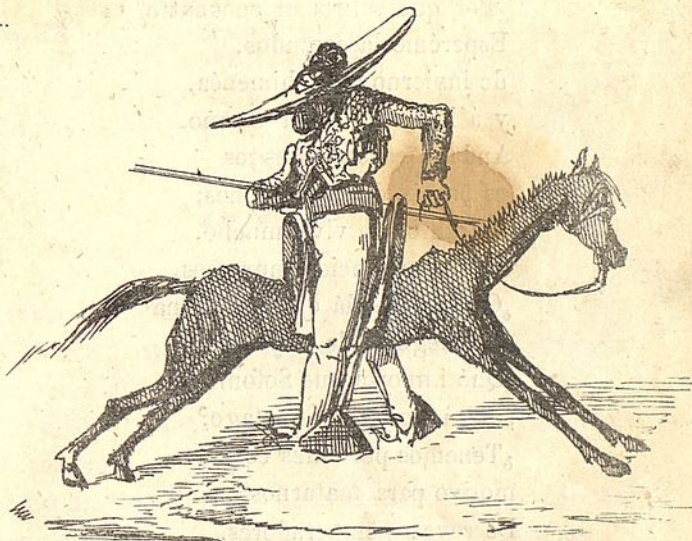
¡Suerte en que le valió su buena suerte al.....



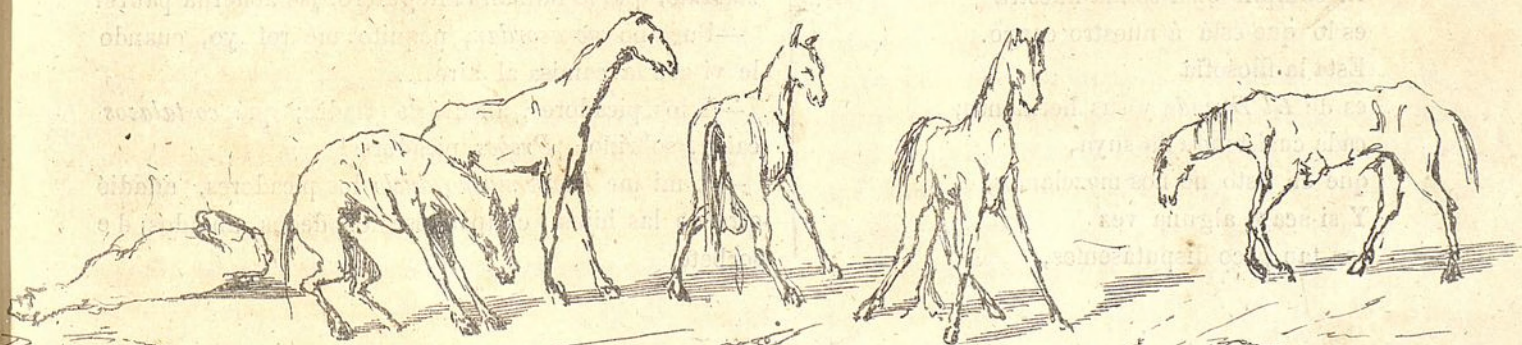
2.º Copada 1.ª nariz de la Cuadrilla



El garbo y.....



La gracia!

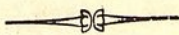


Ayuntamiento de Madrid

Filosofía de El Duende.

Así como algunos lloran
y ponen el gesto ágrío,
por cualquiera contratiempo,
de que el mundo está sembrado;
nosotros muy al revés,
con cara de frailes hartos,
dejamos llegar riendo
las penas y los cuidados.
Nuestro elemento es la risa;
el buen humor nuestro flaco.
Que llueven miserias, bueno;
que viene el cólera, bravo:
ni las miserias ni el cólera
han de lograr enfadarnos.
No hay nada que nos contriste
en este globo terráqueo,
siquiera á hundirse llegáran
el polo ártico y antártico.
Pues que, como dijo el otro,
y ése otro tal no era manco,
todo afán es una burla,
locura todo trabajo,
y aquel que menos desee
vivirá mas descansado.
Deslízansenos los días
como el arroyo en el prado,
y á cada esquina del tiempo
está la muerte atisbando.
¿Por qué salirla al encuentro?
Esperémosla sentados,
de invierno á la chimenea,
y á la fresca en el verano.
Andar á caza de riesgos
es propio de casquivanos;
muramos de vivir mucho,
de haber nacido muramos.
¿Qué se nos dá que sea Elena
de griegos ó de troyanos?
¿Qué importa que Sofonisva
siga á Roma ó á Cartago?
¿Tenemos por tales cosas,
motivo para matarnos?
De reyes y emperadores,
de grandes y potentados,
sea lo que Dios quisiere,
que es pronóstico acertado.
En cuanto á las religiones
¿somos obispos acaso?
El cumplir bien con la nuestra
es lo que está á nuestro cargo.
Esta la filosofía
es de *El Duende* y sus hermanos;
cada cual tenga la suya,
que en esto no nos mezclamos.
Y si acaso alguna vez
por tan poco disputásemos,

séa del Jerez y el Málaga
al compas de sendos tragos,
y toda la controversia
páre en vivan, y bebamos.



Toros.

Discurriendo salimos de la plaza la manera de escribir una reseña de la lidia, cuando al pasar por el elegante y acreditado café nuevo de Gonzalez y Marco, nos ocurrió tomar un vaso de refresco. Entramos, con efecto, en el salón y con tan buena suerte, que á pesar de estar cuajado de personas, tuvimos la fortuna de sentarnos en seguida en una mesa contigua á otra, á cuyo alrededor almorzaba, mas bien que refrescaba, una familia compuesta de padre, robusto aragonés, de abultada panza y maneras francas, de su mujer, de tres hijas, y un sobrino, vestidos todos de aparejo redondo; pero que revelaban la posición desahogada del labrador, á escepcion del sobrino, que vestía con gusto y elegancia.

—Pues como te decía, sobrino, prosiguió el labrador que tenía la palabra cuando llegamos, yo, tu tía y tus primas, no hemos perdido ni una *preba*, ni *denguna* corrida. Cuando *arrancamos* del lugar hicimos la *intincion* de *golerlo* todo; y *diquid* que no *nus* salgamos con la nuestra, no *nus* sacan de la ciudad ni doce yuntas de bueyes. ¿No es verdad, *chiquias*?

—Y tan verdad, replicó la madre, despues de colarse medio vaso de horchata, que *dende* aquí iremos al Tréato.

—Y *dempues* á las *feguras* de cera; añadió una de las hijas, mascando barquillos á boca llena.

—Y á ver la *liona madrina* que *ice* «papá» continuó la mas pequeña, atracándose de bizcochos.

—A *toas* partes, criaturas, que *pá* *tó* hay, á Dios gracias; repuso el padre encendiendo un cigarro de papel, que parecía dos cuartos de fideos.

—Que me place, contestó el sobrino. Usted puede gastar; ha venido á divertirse con la familia, y nada mas natural que saquen de las fiestas todo el partido posible.—Pero á todo esto, no me cuenta usted nada de los toros, función á la que, como usted sabe, jamás asisto; ¿qué tál, han sido buenos?

—Si, hombre, *mí* regulares. En las *prebas* sobre todo, ha *hubido* *cá* *trompazo*, que cantaba el credo. *Rediez* y qué *batacazos*!

—Y en la primera cojió un toro portugués á un *matante*, que le llaman el Regatero: ¿se acuerda padre?

—Pues no *me acordar*; poquito me reí yo, cuando le ví con la camisa al aire.....

—Y los picadores, añadió la madre; qué *costalazos* caían, sobrino! ¡*Probes* picadores!

—A mi me *hacen mucho duelo* los picadores, añadió otra de las hijas, chupándose los dedos untados de sorbete.

—Precisamente lo mejor y mas *divirtio* que tienen las corridas de toros, son los trompazos que sacuden á los *picaores*, dijo el padre.

—Vaya una diversion! objetó el sobrino.

—¡Eh, tonticos; si no se hacen mal, aun cuando peguen con el *tozuelo* en la barrera.

—¿Cómo es eso? replicaron todos á la vez.

—Mu sencillo; contestóles el labrador. Los *picaores* llevan un *lástico de corcho* debajo de la camisa, y un *mono* de hierro en *cá garra*, y así que aunque el toro les eche encima el caballo y cien caballos, *ná*, como si tal cosa.

—Pues bien sudaba y se apretaba los riñones el Tri-go, cuando aquel toro tan malo le echó á rodar por el suelo; repuso la hija mayor.

—Por disimular; contestóla el padre, y porque no sepan las gentes las *artimañas* que llevan. Pero, *chiquio*, continuó dirigiéndose al sobrino, cuando me *divirti* y ya me hacia mal la tripa de tanto gritar, fué cuando sacamos el toro de la plaza en la corrida de la tarde.

—¿Cómo! preguntó el sobrino, ¿Usted bajó á la plaza. . .

—No, hombre, no; yo gritaba con los otros «fuera, fuera» y tiraba como ellos pan y *malacaton*es á los toreros; y el alcalde, qué habia de hacer? Mandó sacar al toro.

—Era malo?

—No se sabe; apenas salió nos pasó por las narices que lo echáran fuera, y no hubo mas remedio que dar gusto á la gente.

—Pues fué una debilidad del presidente.

—Si *hubias* visto, sobrino, llover en aquella plaza comestibles. y aljezones y cacharros, *hubias visto* una cosa buena!

—Pero eso es una barbaridad...

—No, hombre; era que la gente queríamos *divirtirnos* y nos *divirtimos*.

—Como que pagamos nuestras *pecetas* para eso; dijo la madre.

—¿Se acuerda, padre, del pucherazo que le tiraron al *pontifical*? ¡Dios, qué pucherazo!

—Muchacha, no se llaman pontificales; se llaman *principales* del ayuntamiento.

—Municipales, tio...

—Lo *mesmo* dá, hombre, que sellamen de una manera ú de otra *pa* tirarles un pucherazo.

—Pero, nunca hay motivo...

—Chico, chico, con razon ó sin ella, leña; por lo demás, los toros eran bravos, los toreros *mú güenos*, en particular el Tato, que es un mozo que lo entiende; y mejor *pa* la empresa que ha *tuvido* mas gente que cabe en un *cementerio*.

—Pero, padre, dijo la chica pequeña, no le cuenta á mi primo lo del *fuebo* que echaron al toro extranjero.

—Hubo banderillas de fuego, eh?

—Sí, sobrino; tambien *mus* empeñamos en que achi-

charráran á un toro portugués, *dempues* de haber tomado siete varas; y el alcalde *mus* dió gusto. Es *mú* servicial el señor alcalde. A mí me gusta mucho este alcalde, cuando preside las corridas.

—Pues yo tio, he oido decir, y lo he visto en parte, que como alcalde ha hecho en Zaragoza cosas tan buenas y tan notables, como no se habian hecho en muchísimos años; pero que como presidente de las corridas de toros, es una calamidad para el ganado y mas para los lidiadores.

—¡*Malacaton*! ¿Qué te entiendes tú de toros?

—Bien poco es, por cierto...

—Vaya, *chiquios*, voy á pagar la cuenta, y vámonos al *Treato* á ver como cantan la *Tia beata*, que es una *sopera* *manifica*!

—Si la *Traviata* no va esta noche; esta noche es un drama.

—*Mesmo* dá *grama* que *sopera*; el caso es no perder ripio, y al *Treato*; vente con *musotros*, sobrino.

—Gracias, tio; tengo que hacer.

—En ese caso, hasta mañana, sobrino.

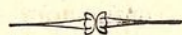
—Adios, tio.

—Adios, prima.

—Adios, primo.

—Adios, tia.

Y tios, primas y sobrino, marcharon cada uno por su lado; y nosotros nos fuimos á la redaccion de *El Duende*, contentos con haber hecho esta breve y mala reseña de las corridas, sin haber tenido que cabilar el modo de escribirla.



Fotografias á vista de pájaro.

Vista sexta.

Doña Verdad, entrando al paso ligero.

—Vamos, que esta noche tenemos que trabajar mucho.

—Ya sé que hay, como vulgarmente se dice, mucha tela que cortar.

—En marcha, pues, y no perdamos tiempo. Muchos dias hacia que no habia salido de casa, acosado por la *perigalvanitis*, enfermedad que ya no respeta ni á los calvos. Sorprendente fué el espectáculo que descubrí, ausiliado por nuestro excelente galileo. Doña Verdad no se ocupaba de mí, entretenida en arreglar el aparato para dejarlo en estado de servicio: lo cual me dejaba en completa libertad para detenerme en mis observaciones.

La poblacion ha cambiado extraordinariamente en pocos dias. Su aspecto es otro, corregido y aumentado. Aquellas casuchas tan sucias y, por desgracia, tan abundantes, han sufrido una reforma exterior que las hace parecer menos desagradables. Ciertamente es que quedan muchas todavía *in statu quo*; pero no dudo

que la autoridad les tendrá marcado tiempo para que sigan las huellas de aquellas. Punible es que los señores propietarios tengan tan poco amor propio que necesiten una orden espresa para adecentar las fachadas de sus casas; y tan bien lo hacen que de los colores señalados al efecto eligen los mas rabiosos; no nos permitiremos decir por falta de gusto, sino de ganas de gastar. Bajo este supuesto no me extrañó ver tal profusion de edificios amarillos y de problemático color de rosa. De modo que si todos continúan así deberemos sustituir con el nombre de la ciudad de estos dos colores, el de Zaragoza.

Aun pasaríamos por ello si lo fuesen tales; pero ya, ya; ¿quién pone siquiera en duda que muchas de ellas están lavadas con vino? Nadie.

Nada decimos de las amarillas, porque harto trabajo tienen las pobres con padecer ictericia.

Casi ningun zaragozano debe ofenderse porque le llamen *aficionado al mosto ó hipocondríaco*.

—Parece que estás muy entretenido: dijo doña Verdad, obligándome á retirar el antejo.

—Así es. Estaba mirando las casas á las que han limpiado la cara; aunque á algunas les ha quedado todavía bastante sucia.

—Eres muy exigente. ¿No están mejor que antes?

—Al principio confieso que me sorprendió el cambio de aspecto de algunos edificios; pero despues he visto que dejan mucho que desear.

—Pero están ó no mejor?

—Sí, señora.

—Entonces algo hemos adelantado.

—Es verdad; pero continuarán siguiendo todos el mismo sistema?

—No es de esperar que todos sean del mismo gusto.

—En esta ocasion lo tienen igual.

—Respecto á si continuarán ó no el *lavatorio*, mejor que yo pueden contestarte los andamios que hay colocados por todas partes.

—Veo que mi lavandera tenia razon cuando dijo que estaba la poblacion *de colada*.

—¿Has concluido?

—Estoy á vuestras órdenes.

—Pues en marcha.

Llegamos al salon. No tuve siquiera tiempo de graduar el antejo. Un segundo invirtió doña Verdad en la reproduccion.

—Me permitís ver?...

—No: luego lo verás todo. Ahora á las fuentes.

Una por una las fuimos recorriendo, incluso las de vecindad, terminando en la plaza del Pilar. Despues me presentó doña Verdad las reproducciones.

—Veamos, señor descontentadizo, cual es tu opinion.

—El paseo me gusta; los jarrones son bonitos. Las fuentes sencillitas, me parecen bien en general; pero algo mezquinos los recipientes: lo cual no permitirá elevarse mucho los surtidores; y en las de vecindad tendremos siempre un charco alrededor. La de la plaza del Pilar es la mas bonita. Observo que han puesto

dos faroles de los nuevos en medio de los que teníamos antes en el paseo.

—Porque se han concluido.

—Buen remedio; haberlos puesto un poco mas claros. Y la plaza no parece mal.

—Pues con el tiempo te parecerá mejor.

—Así sea, y que no paren aquí las mejoras que nuestra poblacion reclama. Que el empedrado, las travessías, el ensanche de la calle de Don Jaime y...

—Anda, anda; sigue pidiendo. Exigente eres por demás.

—Tengo por sistema, señora mia, el pedir mucho para que den algo.

—Pide pues.

—¿Y darán algo?

—A la vista está.

TEATROS.

Concurridos han estado durante las fiestas; y mas lo hubieran estado si los dichosos fuegos, si el señor alcalde....

Pero no tenemos espacio para decir estas cosas.

En el principal se han repetido desde la anterior revista, los dramas *Isabel la Católica*, *Adriana*, y las óperas *Hernani*, *Traviatta* y *Rigoletto*.

En Variedades ha habido tambien funciones: no las hemos visto: sonq indivisibles. Púsose en escena el viernes *Ricardo Darlington*.

En este drama han estado á la altura de su reputacion la señora Duclós y el señor Guerra: bien, muy bien han desempeñado sus papeles; y les damos nuestro cordial parabien. Los demás actores, principalmente el señor Parreño, llenaron su cometido y contribuyeron á la perfecta ejecucion del drama. Hubo de mas una capa encarnada, y lo extrañamos: el artista que la sacó sabe vestirse con propiedad.

El drama, la obra fué silbada. Lástima que, escrita con tanto talento, sea tan repugnante.

Sentimos no tener hoy ni el tiempo ni el espacio necesarios para ocuparnos detenidamente en analizar así el drama como su desempeño. Emitiríamos nuestra opinion acerca la actitud del público contra una produccion tan vista y tan aplaudida en años anteriores y que hoy debe retirarse de nuestra escena, y probaríamos á los artistas que, lejos de querer ensañarnos contra ellos, solo deseamos ocasiones en qué tributarles plácemes y elogios. Pero estamos á principio de temporada y ya nos irán conociendo.

Por hoy basta con lo dicho.